

082.4
70/3

EL MANTO

DE LA

VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

DESCRIPCIÓN POÉTICA DEL RICO PRESENTE

QUE

EL PUEBLO DE GRANADA

HA HECHO

Á SU EXCELSA PATRONA

el año 1899

POR EL

HERMANO RAFAEL DE LOS REYES

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Con las debidas licencias



BIBLIOTECA
Facultad de Teología

Nº 139051

Compañía de Jesús
GRANADA

VERGARA

TIP DE «EL SANTÍSIMO ROSARIO»

—
1900



PRÓLOGO



Las señoras granadinas concibieron la idea de ofrecer un manto á la Virgen de las Angustias.

Abrieron suscripción, donaron joyas, recogieron cuantiosa suma, y pusieron manos á la obra.

Se labraron en Lyon piezas de raso y terciopelo, y en Barcelona flecos de oro, proporcionados á la amplitud del manto, cuya orilla mide veinte varas.

La tarea del bordado, y la empresa de invertir la copiosa pedrería se confió en Granada á las religiosas del Colegio de Sto. Domingo, afamadas en el arte del bordado, las cuales, según la traza que dió una de ellas, recamando el oro, realzando la seda, y apiñando las piedras, orlaron el manto de coronas y granadas, y relevaron en el fondo sobre flores primorosamente bordadas, el escudo de la Ciudad.

Seis mil perlas resaltan en el manto, esmaltando el lustroso tejido con brillo nacarado. El número de las otras joyas que, para lucir sus distintos fulgores, reclamaron un lugar en el fondo del oscuro terciopelo, ¿quién lo averiguará? Si puedes, cuenta las estrellas del cielo dijo Dios á Abrahan. Si podeis, contad las piedras preciosas del manto de la Virgen, dice ya la Ciudad del Jenil y del Dauro á los atónitos viajeros. La tarde del día 1.º de Octubre de 1899, fiesta del Rosario, estrenó su nuevo manto la patrona de Granada.

La pluma del autor, una de cuyas poesías conocidas del público, lleva el título de «La Virgen de las Angustias», fué solicitada para celebrar en verso el nuevo manto.

Era punto de piedad cristiana contribuir, aunque fuese con una florecilla del ingenio, al adorno de este manto, cuya gloria redundaba en la de la Madre de Dios, Reina de los Ángeles y de los hombres.

Una de las personas que promovieron la obra, es descendiente de Pulgar, el magnífico y hazañoso caballero que clavó, en la mezquita de Granada, la salutación angélica, dando á la Reina del cielo posesión de la hermosa Ciudad, un año antes que la entregasen los moros.

Este glorioso recuerdo, y la circunstancia de hallarse colocado el lucillo de Pulgar en el

mismo templo y á poca distancia del sepulcro de Doña Isabel, convidaron á la mente con la idea de fingir una verosímil intervención de la Reina y del héroe en esta obra magnífica, realizada por la piadosa liberalidad del pueblo Granadino.

La hora de la procesión y la solemnidad de aquel día memorable ayudaron la imaginación á levantar el vuelo sobre los sepulcros de la Capilla Real, y contemplar desde la patria que no muere este suntuoso manto, que en las postrimerías del siglo la Ciudad del Jenil borda á la Virgen de las Angustias; y, para describirle poéticamente, columbrarle á los rayos de la gloria, y juntamente á los reflejos de la hermosa tarde granadina.

Por los defectos que no ha sabido evitar en este poco florido manto que tú, lector curioso, tienes ahora entre las manos, reclama tu benévola indulgencia.

El autor





I

Allá sobre los cielos
Isabela lloraba.
Si consintiese luto
La celestial morada,
Tristísimas serían
De aquel rostro las lágrimas;
Más no turban la gloria,
Y brillan nacaradas.
Correr Pulgar las mira,
Y, recordando hazañas,
Pregunta: ¿Por qué llora
La Reina de Granada?
Ella responde: Porque España muere,
Y á mí su estrago el corazón me hiera.

II

Tendiendo el caballero
Desde el Genil sus ojos
Hasta el Pirene, mira
Los Españoles todos;
Y con afectos tales
Arder siente su rostro,
Cual le sintió pisando,
Mortal, tierra de moros.
Mas ya en la gloria encubre
Caballeresco enojo,

Y piensa un paso digno
De altares y de tronos.
Habla en silencio á un angel que á su lado,
Guirnaldas tege de laurel Sagrado.

III

Era este el fiel custodio,
Belígero y bizarro,
Que dirigió del héroe
Los atrevidos pasos,
La noche que, en Granada,
Los muros escalando
Del Zacatín, blandiendo
Su acero Toledano,
Dejaba en la Mezquita
Con el puñal clavado
El nombre de la Madre
Del Dios tres veces Santo.
No hay salud para España, sin Maria:
En alta voz, el ángel repetía.

IV

Y acaudillando grupos
De alados mensajeros,
Del Dauro á las almenas
Encaminando el vuelo,
Cuando del alba rie
El resplandor primero,
Visita los hogares
Del granadino suelo.
En las mentes dormidas
Infunde castos sueños,
Sembrando inspiraciones
De generoso anhelo:
Y despierta Granada con la idea
De nunca vista, celestial presea.

V

Un regio manto, gala
De la gloriosa imagen,
En cuyo rostro adora
La fe de los mortales
El llanto que María
Vertió la triste tarde,
Que el sol perdió su lumbre
De Cristo al ver la Sangre:
Gran manto, á cuya sombra
Sus lágrimas derrame
La Patria que enlutaron
Deshonras y desastres.
Manto que asombre del mortal los ojos,
Fabricado de España en los despojos.

VI

Sus cofres derramando
Las damas granadinas,
Sobre el altar, las joyas
En rico montón brillan.
Las manos de la plebe
Presentan á porfía
Tributos que avalora
La caridad divina:
Don pobre que, llorando,
Piadoso el Angel mira,
Y con potente diestra
Acrecentar medita.
Vuela, y reprende á la gigante sierra,
Porque tesoros, infecunda, encierra.

VII

Por qué, dice, sepultas
El oro en tus entrañas?

Quién de perpetuas nieves
Cubrió tus cumbres canas?
De bosques y praderas
Quién adorna tus faldas?
Por quién corren tus ríos,
Fertilizando á España?
Abre tu seno; vierte,
En generosas párias,
El oro, que cien manos
Recojan en Granada.
Díjola; y ella derramó sus venas,
Y enriqueció del Dauro las arenas.

VIII

Allá, su frente dora,
Del Ródano en la márgen,
La dueña de la industria,
La reina de aquel arte,
Que imita en sus tegidos,
El primoroso estambre,
Con que el Criador fabrica
El lirio de los valles.
La reina de la industria
Ensancha los telares
Que terciopelo y sedas
Al rico manto labren;
Y la Ciudad condal, en randas de oro
La fimbria orlando derramó un tesoro.

IX

Sobre anchos bastidores,
Acá en el claustro inclinan
La frente nueve damas,
De aquel apóstol hijas,
Por quien Tolosa y Albi
Mordieron, abatidas,

El polvo, y escupieron
Su bárbara herejía.
Mil veces despertando
La aurora granadina,
Al laborioso coro
Prestó la luz del día.

De su sacra labor no alzaban ellas
La mano, hasta el venir de las estrellas.

X

Al terciopelo obscuro
Sobreponiendo galas,
Ya el rico metal siembran,
Ya las joyas derraman.
Se apiñan los rubies
En fúlgidas granadas,
Que el símbolo renuevan
De la grandiosa Patria.
De Isabela y Fernando
Los nombres y las armas,
El oro granadino
Releva entre guirnaldas.
Y la seda, entre cándidos fulgores
De perlas, pinta del Jenil las flores.

XI

Los ángeles que fueron
De la labor testigos,
Mirando pasionarias
Brotar sobre el tegido;
La forma desearon
De los graciosos niños
Que alegran los hogares
Del campo granadino,
Y presentar risueños,
En homenaje lindo

La hermosa flor, emblema
De la pasión de Cristo.
Y aún Pulgar quiso verse, con su espada
Sustentando el escudo de Granada.

XII

La opaca flor, [que pinta
El campo la primera,
Y su matiz oscuro
Entre las flores ceta,
Cual tímida esmeralda
Entre brillantes piedras,
La dulce flor de Marzo,
La morada violeta,
Prestó sus tintas suaves
A la extendida seda,
Que en torno de la efigie
El ancho manto pliega.
Tintas que copia en la nevada cumbre
Quebrando el fugitivo sol su lumbre.

XIII

La tarde sonreía
Con mágicos fulgores:
Radiante de hermosura,
Granada, con sus torres,
Sus cármenes, sus ríos,
Su sol, sus ruseñores,
Sus selvas rumorosas
Y sus nevados montes,
El edén se mostraba,
Que fabricó el Dios-Hombre,
Para honrar de su Madre
El llanto y los dolores.
Nuevos encantos la Ciudad lucía,
Solemnizando cultos de María.

XIV

Conducida la imagen
En pompa, descollaba,
Vistiendo, de su manto
Con la extendida falda,
La espléndida carrera,
Sobre la cual brillaba
El mar de pedrería
Que, en nunca vista gala,
Desde su trono extiende
La Reina de Granada,
Triunfante bendiciendo
Las calles y las plazas.
De hermosas flores se vistió la tierra;
Y de una nueva luz la blanca sierra.

XV

Un ángel, esmaltando
La fúlgida presea,
Dibuja, con primores
De artística belleza,
Al lado del grandioso
Sepulcro de Isabela,
La Alhambra, con sus bosques
E históricas almenas,
Y de Pulgar la lanza
Heróica y las empresas,
Y las obras divinas
De la gloriosa lengua,
Con que Fray Luis llenó la faz del mundo
De luz dorada y de saber fecundo.

XVI

También allí, realizadas
Por el ángel, se miran

Tragedias que la Reina
De los profetas misma
Lloraba sin consuelo,
Del Gólgota en la cima,
Previendo desventuras
De su nación querida.
Tiñendo ya las rocas
De Cuba y de Manila,
En el hermoso manto
La sangre hispana brilla.
Y en él con perlas de hermosura extraña
Las colonias perdidas para España.

XVII

Así el arte divino
Inmortaliza en la orla
Del enlutado manto
Catástrofes y glorias.
Brilla Cristo en el fondo,
Alzándose en la losa,
Y despidiendo rayos
De celestial victoria.
A un lado del glorioso
Sepulcro el ángel borda
Corderos que Cecilio
Apacienta y custodia;
Y Juan de Dios presenta enjoyelada
La cruz en la simbólica Granada.

XVIII

A otro lado el escudo
De la Ciudad coloca
En manos de monarcas,
Que humillan sus coronas.
Y en tanto que contempla
Las piñas de sus joyas

Granada, y de la imagen
Empuja la carroza;
Isabela del Dauro
Y del Genil la pompa
Y el manto hermoso admira,
A la luz de la aurora
De aquel sol, sin crepúsculo y sin nubes,
Que ilumina el Edén de los Querubes.

XIX

La tarde recogía
Sus últimos reflejos,
Cerrando en las alturas
Tan tristes como bellos,
Los ojos con que adora
El Granadino Templo.
Sus torres coronadas
Por el gentil lucero,
De los alegres bronces
La voz lanzando al viento,
Aplauden y publican
El júbilo del pueblo.
Vuelve en triunfo á su templo la Patrona
Con cuyo altar Granada se corona.

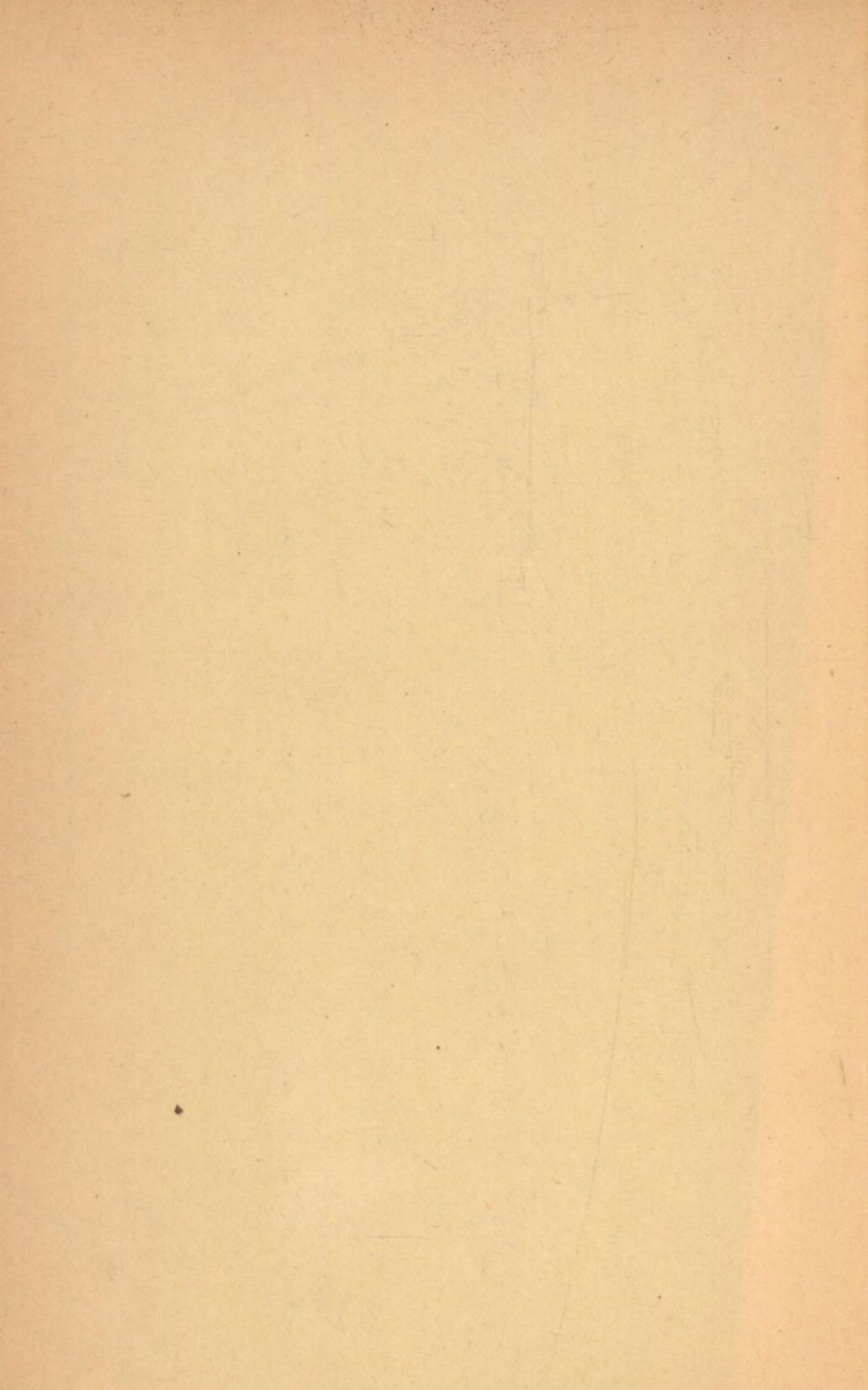
XX

Su manto azul la noche
Adorna con estrellas:
Entréganse á la orgía
Los hijos de la tierra:
Sobre los cielos ríe
La gloriosa Isabela:
Y hacia el Jenil rodaron
Las nacaradas perlas
Del llanto que se enjuga

En sus mejillas bellas:
Pulgar, mirando ahora
El gozo de su reina,
Dice, allá desde el trono donde brilla:
Quién consoló á la reina de Castilla?
Y alegrando á la bóveda estrellada,
La dulce reina respondió: Granada.

A. M. D. G.

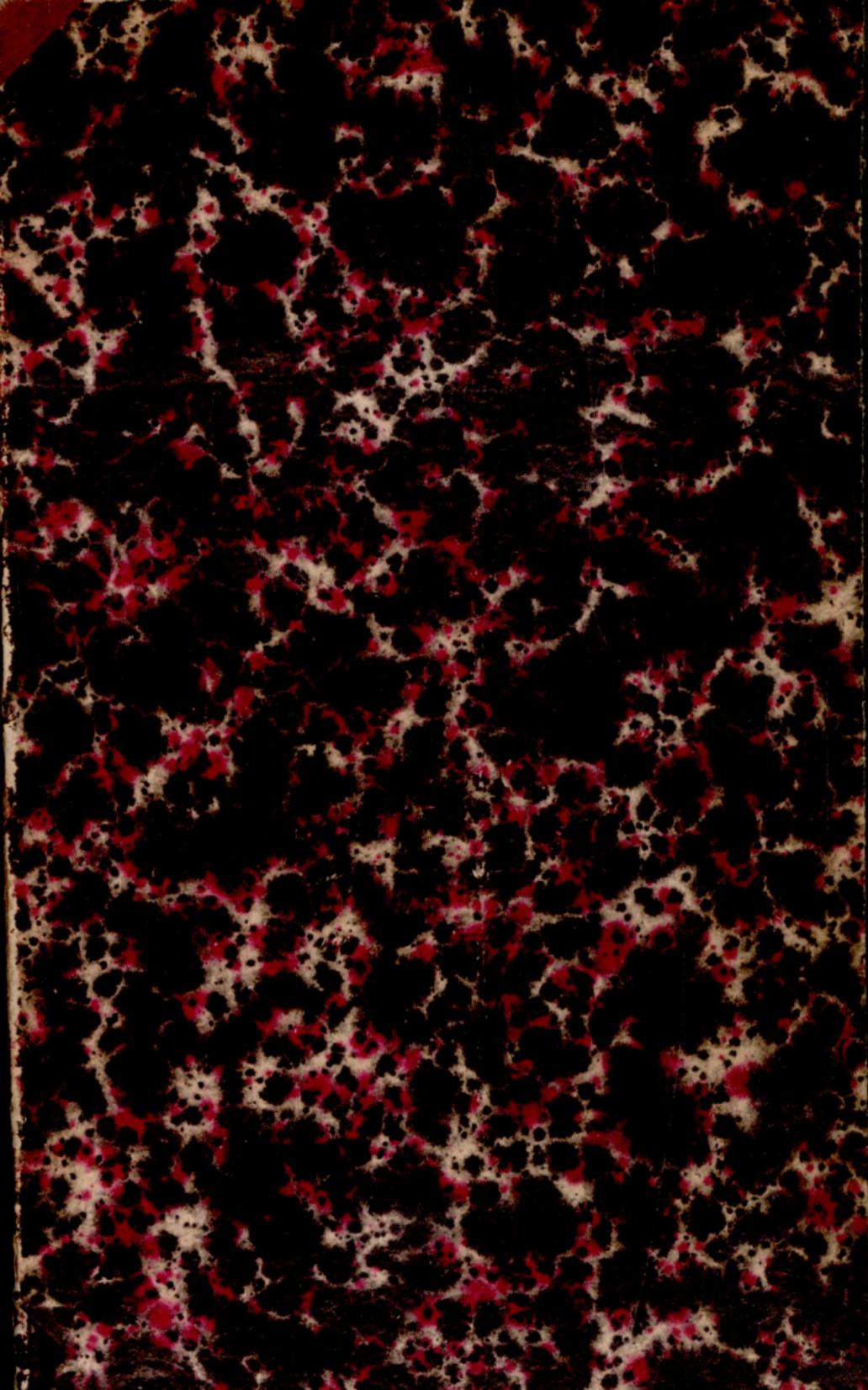




Facultad de Teología de Granada
Compañía de Jesús



1025927



082.4

70